

VII

Efectos del sueño mezclados á la felicidad.

Los enamorados se veían diariamente. Cosette iba á ver á Mario acompañada del señor Fauchelvent.—Esto es al revés de lo ordinario—decía el señor Guille-normand;—que la futura venga al domicilio á hacer que se la haga la corte.—Pero la convalecencia del enfermo había hecho adoptar esa costumbre, y los sillones de la calle de las Hijas del Calvario, mejores para los diálogos amorosos que las sillas de paja del Hombre Armado, habían contribuído á arraigarla.

Mario y el señor Fauchelvent se veían, pero no se hablaban. Parecía plan convenido.

Todas las jóvenes necesitan un rodrigón. Cosette no hubiera podido ir sin el señor Fauchelvent. Para Mario, era el señor Fauchelvent la condición de Cosette, y él la aceptaba. Al discutir sobre política, aunque vagamente y sin determinar nada, llegaban á decirse algo más que sí y no. Una vez, con motivo de la enseñanza, que Mario quería que fuese gratuita y obligatoria, multiplicada bajo todas las formas, prodigada á todos como el aire y el sol, en una palabra, respirable al pueblo entero, fueron del mismo parecer, y casi entraron en conversación.

Mario echó de ver entonces que el señor Fauchelvent hablaba bien, y hasta con cierta elevación de lenguaje. Faltábale, sin embargo, algo que no sabía determinar. Tenía algo de menos que los hombres de mundo, y algo de más por otra parte.

Mario, interiormente y en el fondo de su pensamiento, rodeaba con todo género de cuestiones mudas á aquel señor Fauchelvent, que era para él sencillamente benévolo y frío. Había momentos en que se le ocurrían dudas sobre sus propios recuerdos. Existía en su memoria un agujero, un punto negro, un abismo abierto por cuatro meses de agonía, y en el que se habían perdido muchas cosas.

Preguntábase si estaba bien seguro de haber visto al señor Fauchelvent, á un hombre tan grave y sereno, en la barricada.

Por otra parte, no era este el único estupor que las apariciones y desapariciones del pasado habían dejado en su espíritu; ni debe creerse que estuviese libre de aquellas obsesiones de la memoria que nos obligan, aun siendo dichosos, aun hallándonos satisfechos, á mirar melancólicamente hacia atrás. La cabeza que no se vuelve hacia los horizontes ya desvanecidos, no encierra pensamiento ni amor.

A veces Mario oprimía su cara entre ambas manos, y el vago y tumultuoso pasado atravesaba por el crepúsculo que tenía en su cerebro. Veía nuevamente caer á Mabeuf, oía cantar á Gavroche bajo la metralla, sentía en su labios el frío de la frente de Eponina; las sombras de todos sus amigos, Enjolrás, Courfeyrac, Juan Provaire, Combeferre, Bossuet y Grantaire, se presentaban á su ojos disipándose

en seguida. Todos aquellos seres queridos, dolorosos, valientes, alegres ó trágicos, ¿eran sueños ó habían en realidad existido?

Lo había arrastrado todo el motín en su humareda.

Las grandes fiebres producen grandes sueños. Interrogábase, palpábase, sentía el vértigo de todas aquellas realidades desvanecidas.

¿Dónde estaban, pues? ¿Era cierto que todos habían muerto?

Una caída en las tinieblas se lo había llevado todo, excepto á él. Parecía aquella una desaparición como detrás de una cortina de teatro. Hay telones en la vida que bajan también.

Al acto siguiente viene Dios.

Y aun él mismo, ¿era él propio por ventura? El, pobre, era rico; él, abandonado, tenía una familia; él, desesperado, se iba á casar con Cosette.

Le parecía haber cruzado á través de una tumba, entrando en ella negro y saliéndolo blanco; y que en aquella tumba se habían quedado los demás. En determinados instantes, aquellos seres del pasado, volviendo y presentándosele, formaban corro en torno suyo y le asombraban, pero se serenaba luego pensando en Cosette: necesitaba esta gran felicidad para desvanecer aquella catástrofe.

El señor Fauchelvent casi tenía también su lugar entre aquellos desvanecibles seres. Costábale trabajo á Mario creer que el Fauchelvent de la barricada, fuese el mismo Fauchelvent de carne y hueso, tan gravemente sentado junto á Cosette. El primero era probablemente una de esas pesadillas que iban y venían en sus horas de delirio.

Por lo demás siendo ambos caracteres inaccesibles, no había posibilidad de que se cruzaran preguntas entre Mario y el señor Fauchelvent. Ni que se le ocurriese tal idea. En otra parte hemos ya indicado este característico detalle.

Dos hombres poseedores de un secreto y que por una especie de convenio tácito no hablan de él, es menos raro de lo que parece.

Solamente una vez Mario intentó la prueba. Sacó á la plaza en la conversación la calle de la Chanvrerie, y volviéndose al señor Fauchelvent, le dijo:

—¿Vos conocéis dicha calle perfectamente!

—¿Qué calle?

—La de la Chanvrerie.

—No recuerdo nada acerca del nombre de esa calle—contestó el señor Fauchelvent con el tono más natural del mundo.

La respuesta, que se refería al nombre de la calle, y no á la calle misma, le pareció á Mario más concluyente de lo que lo era en realidad.

—Decididamente—pensó él,—he soñado. He tenido una alucinación. Alguien que se le parecía. Este señor Fauchelvent no estaba allí.

VIII

Dos hombres imposibles de encontrar

El encantamiento, por grande que fuese, no borró en nada otras preocupaciones del espíritu de Mario.

Mientras se iba disponiendo la boda y se llegaba la época fijada, se dedicó á hacer difíciles y escrupulosas indagaciones retrospectivas.

Tenía contraídas deudas de gratitud por varios lados, así por parte de su padre, como por sí mismo.

Existía Thénardier, y existía el desconocido que le había llevado á él, Mario, á casa de su abuelo Guillenormand.

Mario quería encontrar á esos dos hombres, pues no se explicaba cómo podría casarse y ser feliz olvidándolos, temiendo que aquellas deudas de reconocimiento no pagadas, enturbiaran la luz de su existencia, tan esplendente á la sazón.

Erale imposible dejar tras de sí semejantes partidas en descubierto; y quería, antes de penetrar alegremente en el porvenir, saldar completamente el pasado.

El que Thénardier fuese un malvado, no borraba el hecho de haber salvado al coronel Pontmercy. Thénardier podía ser un bandido para todo el mundo, excepto para Mario.

Y Mario, ignorando la verdadera escena del campo de Waterloo, no conocía aquella particularidad de que su padre se hallase con respecto á Thénardier en la situación extraña de deberle la vida sin deberle por eso agradecimiento.

Ninguno de los diversos agentes que empleó Mario, consiguió descubrir la pista de Thénardier. Por este lado parecía haberse borrado todo por completo. La esposa Thénardier había muerto en la cárcel mientras se estaba sumariando el proceso.

Sólo Thénardier y su hija Azelma eran los únicos que habían quedado de aquel grupo lamentable; pero sumergidos nuevamente en la sombra.

El abismo del Desconocido social había vuelto á cerrarse silenciosamente sobre aquellos seres, sin que se viese siquiera á la superficie aquel estremecimiento, aquel temblor, aquellos apagados círculos concéntricos que anuncian que algo ha caído en el fondo, y que puede echarse la sonda.

Muerta la Thénardier, sobreseído en la parte de Boulatruelle, desaparecido Claquesous y fugados de la cárcel los principales acusados, el proceso de la emboscada del caserón del Cuervo había casi abortado. El caso resultaba, pues, bastante obscuro. El tribunal había tenido que contentarse con los dos subalternos Panchaud (a) Primavera y Demi Liard (a) Millonario, que fueron sentenciados contradictoriamente á diez años de presidio. A sus cómplices evadidos y contumaces se los había condenado á cadena perpetua.

Thénardier, jefe y promovedor, había sido sentenciado también, pero á muerte, en rebeldía; y esta sentencia era lo único que quedaba de Thénardier, arrojando sobre aquel nombre sepultado su resplandor siniestro como una vela junto á un ataúd.

Por lo demás, sumido Thénardier en las últimas profundidades, por temor de que le volvieresen á prender con motivo del referido fallo, aumentaba la tenebrosa nube que ya le envolvía.

En cuanto al otro, en cuanto al hombre ignorado que había salvado á Mario, las pesquisas dieron por el pronto algún resultado; pero no dieron luego mayor luz.

Consiguióse encontrar el coche de alquiler que había trasportado á Mario á las Hijas del Calvario en la noche del 6 de Junio.

Declaró el cochero que el 6 de Junio, obedeciendo las órdenes de un agente de policía, se había "estacionado" desde las tres de la tarde hasta el anochecer en el muelle de los Campos Elíseos, junto al desagüe de la Gran Cloaca. Que á eso de las nueve de la noche se había abierto la reja de la alcantarilla que da sobre el ribazo del río; que había salido un hombre llevando á cuestras á otro hombre que parecía muerto; que el agente que estaba en observación en dicho punto, había puesto preso al vivo y recogido al muerto; que, por orden del agente, él, el cochero, había admitido á "toda aquella gente" en su coche; que primero habían ido á la calle de las Hijas del Calvario; que allí habían depositado al hombre muerto; que el hombre muerto era el señor Mario, y que él, el cochero, le conocía muy bien, aunque "esta vez" estuviese vivo; que en seguida habían vuelto á subir á su coche, y él había arreado los caballos; que á pocos pasos de la puerta de los Archivos le habían gritado que parara; que allí, en la calle, le habían pagado y despedido, y el agente se había llevado al otro individuo; que él no sabía nada más, y que la noche era muy oscura.

Mario, ya lo hemos dicho, de nada se acordaba; únicamente conservaba cierta idea vaga de que le había cogido por detrás una mano vigorosa en el momento de caer de espaldas en la barricada; después, todo se había desvanecido.

No habiendo recobrado el conocimiento sino después en casa de su abuelo Guillenormand.

Perdíase en conjeturas.

No podía dudar de su propia identidad. ¿Cómo conciliar entonces que, habiendo caído en la calle de la Chanvrerie, le hubiese recogido un agente de policía en el ribazo del Sena, junto al puente de los Inválidos?

Alguien le había llevado desde el barrio de los Mercados hasta los Campos Elíseos. ¿Y cómo? Por la alcantarilla. ¡Servicio inaudito!

¡Alguien! Pero ¿quién?

Este era el hombre que buscaba Mario.

Pero de este hombre, que era su salvador, nada, ni una huella, ni el menor indicio.

Aunque obligado Mario, por otra parte, á guardar gran reserva, extendió sus investigaciones hasta la prefectura de policía. Y allí tampoco arrojaron mayor luz los informes que dieron.

La prefectura sabía menos que el cochero del carruaje de alquiler. Allí no se tenía noticia de ningún arresto verificado el 6 de Junio en la reja de la Gran Cloaca; no se había recibido parte ninguno de agente alguno referente al hecho que en la prefectura se consideraba como una fábula.

Atribuíaase la invención de aquella fábula al cochero, porque para alcanzar una propina, son los cocheros capaces de todo, hasta de tener imaginación.

El hecho, sin embargo, era cierto, y Mario no podía dudar de él, á menos de dudar de su propia personalidad, como hemos dicho.

Todo resultaba inexplicable en tan extraño enigma.

¡Aquel hombre! Aquel hombre misterioso que el cochero había visto salir de la reja del Gran Albañal llevando á cuestras á Mario desmayado y que el agente de policía en observación había arrestado en flagrante delito de salvar á un insurrecto, ¿qué se había hecho? Y el mismo agente, ¿qué se había hecho también?

¿Por qué había guardado silencio aquel agente? ¿Había logrado evadirse aquel individuo? ¿había sobornado al agente?

¿Por qué, pues, ese hombre no daba señal ninguna de vida á Mario, que se lo debía todo? Su desinterés no era menos prodigioso que su abnegación. ¿Por qué el tal hombre no reaparecía? Quién sabe si era superior á la recompensa; pero nadie lo es al agradecimiento.

¿Había muerto? ¿Qué hombre era aquel? ¿Qué figura la suya? Nadie podía decirlo.

El cochero respondía: La noche era muy negra. Vasco y Nicolasita, aturridos, no habían reparado sino en el señorito, todo lleno de sangre.

El portero cuya luz había alumbrado la trágica llegada de Mario, era el único que se había fijado en el hombre en cuestión, y las señas que daba eran estas: —“Era un hombre horrible.”

Con la esperanza de sacar partido para sus investigaciones, Mario hizo guardar el traje ensangrentado que llevaba puesto cuando le condujeron á casa de su abuelo.

Al examinar la levita, notóse que estaba desgarrada de una manera extraña en uno de los faldones. Faltábale un jirón.

Hablando Mario una noche delante de Cosette y Juan Valjean de aquella singular aventura, de los informes sin cuento que había tomado y de la inutilidad de sus esfuerzos, impacientóle el rostro frío de Fauchelvent, y exclamó con una viveza que casi tenía la vibración de la cólera:

—Sí, ese hombre, quien quiera que sea, fué sublime. ¿Sabéis, señor mío, lo que hizo? Intervino como el arcángel. ¡Fué preciso arojarse en medio del combate, arrebátarme, abrir la alcantarilla, arrastrarme por ella, llevarme! ¡Fué preciso andar más de legua y media por horrorosas galerías subterráneas, encorvado, doblado, en las tinieblas, en la cloaca; más de legua y media, señor mío, con un cadáver á cuestras! ¿Y con qué objeto? Con el único objeto de salvar aquel cadáver. Y aquel cadáver era yo. Sin duda dijo él para sí: “Quizá hay todavía un soplo de vida; voy á arriesgar mi existencia por ese miserable de resquicio!” ¡Y arriesgó su existencia, no una, sino veinte veces! Cada paso era un peligro; y la prueba está en que al salir de la alcantarilla, le prendieron.

“¿Sabéis, señor mío, que aquel hombre hizo todo esto? Sin la esperanza de recompensa alguna. ¿Qué era yo? Un insurrecto. ¿Qué era yo? Un vencido.

—¡Oh si los seiscientos mil francos de Cosette fueran míos. . .”

—Vuestros son—interrumpió Juan Valjean.

—Pues bien—respondió Mario;—yo los daría por encontrar á ese hombre. Juan Valjean guardó silencio.

